

¡MUERTE AL ÚLTIMO TIRANO!
Del fin del asedio a Paysandú a la primera semana de la guerra al Paraguay,
en los editoriales de *La Nación Argentina*

Luis M. Sujatovich
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

La guerra de la Triple Alianza entre Argentina, Brasil y Uruguay (1865-1870) puede considerarse como el final de un extenso proceso político-militar, que implicó a caudillos, montoneras, emisarios de Inglaterra, y por supuesto, destacadas figuras de la elite liberal del Río de la Plata. Milciades Peña (1968: 47), entre otros, entiende que el enfrentamiento bélico tenía profundas raíces en la reciente historia común:

La guerra contra el Paraguay fue la continuación lógica y la última etapa de la guerra de la Oligarquía mitrista contra el Litoral y las provincias interiores argentinas, en un doble sentido. Desde luego, porque la potencia económica del Estado paraguayo chocaba contra los más viejos tiempos con el monopolio aduanero y portuario de Buenos Aires, dificultando su dominio indisputado sobre todo el litoral, y constituyendo un foco constante de atracción y reagrupamiento para las derrotadas provincias interiores (...) Recién una vez suprimido este foco la pacificación mitrista podía considerarse acabada. Pero además el asalto contra Paraguay se derivó de la guerra porteña contra el resto del país en el sentido de que desde aquel golpe mazorquero liberal del 11 de septiembre del 52 contra Urquiza hasta la victoria mitrista en Pavón.

En el presente trabajo analizaremos el discurso editorial del diario *La Nación Argentina*, desde el 1 de enero hasta el 25 de abril de 1865. Para facilitar una lectura contextualizada de nuestro trabajo, presentaremos –de manera breve–, algunas características del diario, de la coyuntura histórica y las herramientas teóricas, para luego introducirnos en el estudio propuesto.

Características de *La Nación Argentina*

La Nación Argentina comenzó a publicarse, en Buenos Aires, el 13 de septiembre de 1862, bajo la dirección de José María Gutiérrez. La impresión estaba a cargo de la Bernheim y Boneo, cuyas instalaciones se encontraban en la calle Perú N° 147. Salía de martes a domingo, y constaba de cuatro páginas, tamaño sábana. Las secciones que conformaban la primera página eran las siguientes: Editorial, Horarios de trenes, diligencias y vapores, columnas políticas y un folletín. La segunda página, ofrecía la sección local y la extranjera, noticias diversas y la sección oficial. Las restantes estaban destinadas a las informaciones comerciales, avisos y publicidades. Resulta muy significativo que la mitad de cada ejemplar, sólo contuviese informaciones relacionadas a actividades de lucro y mercantiles, que se circunscribían a la ciudad de Buenos Aires y los pueblos adyacentes, como por ejemplo Morón. A pesar de mencionar dos precios –en la primera hoja– uno para la ciudad y otro para las

provincias, no tenía publicidades, ni clasificados, ni ofrecimientos comerciales ni profesionales que pudieran ser aprovechados por otros habitantes que no fuesen los porteños, o los que vivían muy próximos.

El espacio público porteño

El espacio público porteño (1) estaba constituido, en la segunda mitad del siglo XIX, por un número creciente de propuestas, facciones políticas y sujetos que buscaban aglutinar bajo sus propuestas a los sectores influyentes (y, también, populares) de la sociedad porteña. En este ambiente deliberativo, los diarios solían acompañar desde sus columnas procesos políticos, debates y aspiraciones diversas. Estas prácticas permitirán organizar, aunque con características embrionarias, los partidos políticos modernos. Como sostiene Hilda Sabato (2004, p. 13), “lo característico de este período de profundos cambios sociales en Buenos Aires fue la formación de una esfera pública que se constituyó en una instancia de mediación entre sociedad civil y Estado y de participación política para amplios sectores de la población porteña”.

Los diarios *El Nacional*, *La Tribuna* y *La Nación Argentina* fueron importantes en su carácter de portavoces de los intereses que defendían, tanto por el caudal de lectores que ostentaban, como por las figuras que allí se expresaban.

Dos características distinguen a *La Nación Argentina* de sus congéneres: su estrecha relación con el presidente B. Mitre –nace apenas un mes antes de que asuma la presidencia de la Nación–, y su continuación hasta nuestros días, bajo el nombre de *La Nación*. Es preciso recalcar que B. Mitre (De Marco, M. 2006, p. 251), “como hombre acostumbrado a las redacciones y al duro trabajo de la imprenta, conocía la importancia de contar con un diario que sostuviera su política, de ahí que inspiró la aparición de *La Nación Argentina*. Pensó en su secretario militar durante la reciente campaña de Pavón, José María Gutiérrez, hombre de seria formación política y literaria, como redactor en jefe”.

Es probable que su experiencia en el periódico *Los Debates* fundado en 1852, lo haya alentado a continuar ligado al periodismo, a pesar de ejercer la presidencia de la Nación. Pues, sabía que al poder ejecutivo –en cualquier circunstancia– le resulta indispensable contar con el acompañamiento de la opinión pública. Y para ello, se precisa contar con un medio de comunicación aliado, como fue *La Nación Argentina*.

Algunas precisiones teóricas

La elección de los editoriales como corpus de análisis obedece a la significación que tiene esta columna en la superficie redaccional del diario. El editorial es la voz institucional del medio, y es allí donde expresa sus opiniones, expectativas y, sobre todo, su ideología; estableciendo, a partir de ese espacio tan relevante, un pacto de lectura entre el medio y su público. Stella Martini (2000: 107), de la siguiente manera:

El pacto incluye desde el nombre, el formato y la tipografía, la presentación en la tapa, la diagramación y la ilustración; el nivel de lengua, el recurso a la deixis, las metáforas y comparaciones, los destacados, y los sistemas clasificatorios de las noticias en agendas temáticas diferentes. Se asume que el lector incluye en sus hábitos de consumo y en sus expectativas la lectura de las noticias construidas de una manera determinada. Se trata de una relación delicada, que puede romperse si se alteran las cláusulas del acuerdo, si el diario cambia parcial o totalmente sus modalidades de decir.

Utilizaremos la definición de Héctor Borrat (1989: 67) del diario como un actor político influyente, pues “el periódico actúa por su propia iniciativa, sea para premiar, sea para castigar a determinados actores. En todo caso, el periódico se perfila como un grupo de interés que actúa en función de los objetivos permanentes: influir y lucrar”.

En la clasificación de los editoriales del periódico, aplicaremos las categorías propuestas por Raúl Rivadeneira Prada (1986: 227-229): apologético, explicativo, expositivo, crítico, predictivo y admonitorio.

Las categorías con las que se desarrollará el análisis del discurso editorial, siguiendo a Ducrot (1997:139), son las siguientes: el empleo del discurso directo e indirecto libre, las figuras utilizadas en los editoriales, los tiempos y personas de los verbos, el empleo de subjetivemas y asociaciones alrededor de un término (enlaces positivos) y la utilización de ciertas palabras clave, con el propósito de desentrañar el andamiaje comunicacional propuesto por *La Nación Argentina* en su enunciado editorial, entendido como: "es una serie lingüística producida por un locutor" con el propósito de reconstruir la "enunciación": "es el acontecimiento histórico que constituye, por sí mismo, la aparición de un enunciado. Dicho de otra manera, es el hecho de que una oración haya sido realizada".

También especificaremos cuál es el sentido que le conferiremos a ciertos componentes del proceso comunicacional. Tal es el caso de alocutario-auditor, locutor-enunciador y destinatario-alocutario. Los auditores de un enunciado son todos aquellos que, por una razón o por otra, lo reciben, mientras que los alocutarios son las personas a las que el locutor declara dirigirse. Por su parte, el locutor es el que produce un enunciado, en tanto que el enunciador es a quien el locutor atribuye responsabilidad de una parte de lo que refiere.

Es importante recalcar que el diario salió publicado durante una época en la que estaba en pleno debate la construcción del Estado nacional. Al respecto, Oslak (2009: 22) sostiene que “la formación del Estado requiere cuatro modalidades: Represiva, Cooptativa, Material, e Ideológica. La primera tiene como objetivo principal a la amenaza de las consecuencias de la desobediencia. En cuanto a las restantes ilustran los beneficios de la unidad”. Por último, emplearemos el concepto de Feierstein (2004:66) “Alteridad negativa” definida como: “la construcción de un ‘otro’ negativo, en este caso, todo aquel que forme parte de tal clase social o que se opusiera al régimen, es una fase necesaria en un proceso genocida, que da cuenta de la secuencia de prácticas implementadas con posterioridad. De este modo, tal conformación negativa del ‘otro’, prepara el terreno para la introducción de prácticas de hostigamiento,

aislamiento y debilitamiento sistemático de la población que se ven reflejadas en el consecuente exterminio de personas, tanto en el plano material como su realización en el plano simbólico”.

Estas categorías analíticas permitirán una lectura crítica, fundamentada y metódica de la superficie redaccional del periódico *La Nación Argentina* (1862-1869).

De Paysandú a la guerra

El enfrentamiento desigual en Paysandú se produjo entre el 6 de diciembre de 1864 y el 2 de enero de 1865, cuando las fuerzas conjuntas del Imperio de Brasil –al mando del Marqués de Tamandaré–, las tropas de Venancio Flores –con la colaboración de B. Mitre– asediaron al escuálido grupo de defensores del gobierno de Berro, al mando del general Leandro Gómez. La derrota de los soldados al mando de Gómez, marcó el inicio de la guerra de la Triple Alianza. Paraguay movió algunas guarniciones de su ejército para ayudar a sus pares blancos en Uruguay, pero para ello debió atravesar territorio de Corrientes. Ese acontecimiento fue decisivo para la participación argentina.

No es la intención de este trabajo dar cuenta de los múltiples actores y de sus intereses en la conflagración conocida como Guerra del Paraguay o de la Triple Alianza (pues demandaría una extensa investigación); sin embargo, resulta revelador que *La Nación Argentina*, dos días después de dar a conocer la muerte de Carlos Antonio López (padre de Francisco Solano López), tituló su editorial, del 28 de septiembre de 1862: “La guerra al Paraguay”. Y en su enunciación, aunque menciona como auditores a la Nación Argentina, está claro que sus alocutarios son las autoridades liberales que acompañan a B. Mitre. Uno de los párrafos más salientes del mencionado editorial sostiene que:

Cuando una parte de la prensa, queriendo volver por su honor comprometido, rescata con maldiciones a los tiranos muertos las alabanzas que prodigó a los tiranos vivos, *La Nación Argentina*, que no ha defendido jamás el Gobierno del Presidente López, porque no puede ser amiga de la libertad en Buenos Aires y amiga del despotismo en el Paraguay. (...) El Paraguay, representando el despotismo en la América, no puede contar con la simpatía de nadie.

Si en 1862, pareció un enunciado (Ducrot: 1997) editorial admonitorio (Rivadeneira Prada: 1986), apenas tres años después, resultó un documento esclarecedor de la política que B. Mitre llevaría adelante en su gobierno. El enunciador, el nuevo presidente del Paraguay, debía optar por el camino de la libertad, que en la Argentina, aún suscitaba disputas, aunque cada vez con menos poder de fuego para resistir las medidas centralizadoras y liberales del gobierno central. No había otra opción pacífica para su país.

Las amenazas no se circunscribían por sus decisiones económicas y políticas en el ámbito interno del gobierno de Paraguay. Sus simpatías con los federales argentinos y los blancos uruguayos, además de sus repetidas tensiones diplomáticas con Brasil e Inglaterra por

la navegación de sus ríos y por su proteccionismo económico, convertían al gobierno del Paraguay en el último gran enemigo del liberalismo en esta zona del continente.

Al respecto, José María Rosa (2008: 11) afirma que:

La guerra del Paraguay fue el epílogo. El final de un drama cuyo primer acto está en Caseros el año 1852, el segundo en Cepeda el 1859 con sus ribetes de comedia por el pacto de San José de Flores el 11 de noviembre de ese año, el tercero en Pavón en 1861 y las 'expediciones punitivas' al interior, el cuarto en la invasión brasileña y mitrista el Estado Oriental con la epopeya de la heroica Paysandú, y el quinto y desenlace en la larga agonía de Paraguay entre 1865 y 1870 y la guerra de montoneras en la Argentina de 1866 al 68.

Desde los primeros días de enero la noticia ocupaba destacados espacios del periódico. Si embargo, el editorial del 18 de enero de 1865 que está dedicado a transcribir el discurso de Sarmiento en la ciudad de Lima (Perú), cuenta una breve nota llamada: "Paysandú no está en ruinas" que incluye el siguiente comentario e ilustra acerca de la posición editorial del diario: "En un par de meses no quedará más recuerdo de las ruinas de Paysandú que algunas estampas sacadas por los fotógrafos, el triste recuerdo de una ciega resistencia y el recuerdo que la historia escribirá en letras de oro de la generosidad del vencedor".

El locutor de este enunciado parece estar hablando no sólo a los destinatarios habituales (lectores), sino también a los auditores (opositores del país y también extranjeros). Tres días después, el 21 de enero de 1865, en un editorial combativo (Rivadeneira Prada: 1986) Deber de Humanidad Menciona que la Alianza entre Brasil y Uruguay (fuerzas rebeldes) es oficial. Y contradiciendo la nota del 18 de enero, sostiene que: "Es necesario que Montevideo no sufra la suerte de Paysandú. Es necesario salvarla de las funestas consecuencias que traería una resistencia descabellada que sacrificaría las vidas y propiedades de los beligerantes y neutrales, que podría atrasar medio siglo una ciudad floreciente". En esta ocasión se repiten los participantes del discurso y también hay una intención de comunicarse con los auditores/opositores.

El 2 de febrero 1865, su espacio editorial fue cedido al General Flores para publicar su manifiesto llamado: "Manifiesto del general Flores". Podría considerarse como un editorial apologético (R. Prada: 1986), a pesar de que no agregan comentarios u opiniones. Dos días después, el 4 de febrero de 1865, en otro breve editorial apologético (R. Prada: 1986) denominado "3 de febrero, Conmemoran el nuevo aniversario de la batalla de Caseros", en estos términos: "En el aniversario cúmplenos hacer el honor debido a los campeones que vencieron en el campo de batalla el poder vacilante de la tiranía y a los aliados generosos que concurrieron a esta obra que tan grandes bienes ha reportado nuestra patria". Este enunciado editorial tiene a sus alocutarios como principales receptores: la celebración del aniversario deja de manifiesto que detrás del ideario del periódico hay una larga tradición que se remonta a los sucesos de Mayo de 1810.

En la misma semana, el 7 de febrero de 1865, el editorial explicativo (R. Prada: 1986) titulado “La invasión del Paraguay” da cuenta de la invasión del Paraguay a Brasil. Y reflexiona acerca de las acciones que llevará a cabo López, si la Argentina se niega a darle paso por su territorio. “A nuestro modo de ver, todo lo que busca el Paraguay es garantizarse de que no será atacado por el Brasil por territorio argentino. El tema es que hay tratados secretos y quiere comprometer al gobierno argentino a darle una seguridad”. El enunciado construye un alocutario tan próximo y semejante, que se permite utilizar elementos discursivos propios de lo oralidad, acaso para reforzar su pacto de lectura Stella Martini (2000).

El 20 de marzo de 1865, el editorial combativo (R. Prada: 1986) “Propósitos agresivos” sostenía que “La más torpe infatuación y la más peligrosa locura parece que han vuelto la cabeza del dictador del Paraguay. (...) El nuevo mariscal paraguayo, que ha perdido completamente la circunspección, dirige la punta de su lanza de Quijote contra todos sus vecinos: y estamos esperando el día en que el mariscal Solano desafíe a descomunal batalla al universo entero”. En esta ocasión las columnas editoriales ofrecen una estrategia bastante frecuente en este período: la alteridad negativa (Feierstein: 2007). Además los alocutarios y los auditores se ven implicados en el texto de una manera evidente: ambos se encuentran interpelados por la agresividad del texto.

Tres días más tarde, el 23 de marzo de 1865, Paraguay cita en su espacio editorial al *Seminario* (periódico paraguayo) para contrarrestar sus consideraciones acerca de la situación del Paraguay. Pero en esta ocasión también presentan una crítica del *Seminario* al propio diario: “*La Nación Argentina*, órgano oficial del Gobierno de la Confederación, continúa ocupándose desfavorablemente del Paraguay, y de su gobierno”. Acaso este enunciado sea una de los más originales del período analizado. Pues no se trata de un enunciado propio, por lo tanto los alocutarios y auditores originales (es decir, los correspondientes al *Seminario* de Paraguay) serán a su vez auditores y alocutarios dentro del enunciado editorial de *La Nación Argentina*. Esta figura retórica se conoce como concesión.

La Nación Argentina, el 18 de abril de 1865, utilizó su editorial para reproducir íntegramente la proclama del Presidente de la Nación. Estos párrafos sirven para sintetizar las ideas principales del texto:

Provocado a la lucha, sin haberla buscado, después de haber hecho cuanto decorosamente podía y debía hacer, para evitarla, guardando la neutralidad que era la regla de nuestra política, contestaremos la guerra con la guerra, y la haremos con toda la energía. Conciudadanos: contando, como cuento, con la virilidad del pueblo argentino y con vuestra incontrastable decisión, el país se ha mantenido hasta hoy en estricto pie de paz, cumpliendo lealmente con sus deberes de neutral, porque estaba seguro que llegado el momento del peligro, todos acudirían sin distinción alguna a ocupar sus puestos en torno de la Bandera Nacional, resueltos a cumplir sus deberes sagrados.

Su carácter de actor político (Borrat: 1989) queda de manifiesto de manera inequívoca en estas líneas. Construir su enunciado editorial apologético (Rivadeneira Prada: 1986) con la enunciación realizada por B. Mitre, en ocasión de declararle la guerra al Paraguay, sin incluir comentarios o algún prolegómeno, es una decisión más política que periodística. Utilizar el discurso directo (Ducrot: 1997) pretende reforzar el lazo entre *La Nación Argentina* y el Presidente de la Nación. Sin embargo, no es el único hecho lingüístico destacable de este editorial. También deben señalarse una falacia y un equívoco. La primera se relaciona con la neutralidad argentina en el conflicto. Todos los participantes del asedio a Paysandú sabían que Mitre ayudaba, desde Buenos Aires, a Venancio Flores (Partido colorado de Uruguay) para derrocar a Berro. Julio Victorica (1986: 235) apunta sobre la relación entre liberales porteños y colorados montevideanos, lo siguiente:

Dominaba en 1864 en la República Oriental el partido blanco que tenía íntimas afinidades con el que, en la Argentina era de oposición al encabezado por el general B. Mitre, Presidente de la República. En cambio, el partido colorado oriental contaba con todas las simpatías y apoyo decidido del partido liberal argentino, de que era jefe dicho Presidente. La vinculación entre orientales y argentinos era tan estrecha entonces, que en las guerras civiles de uno y otro país sus principales jefes militares luchaban y combatían siempre juntos.

Podríamos agregar que no sólo actuaban juntos en las luchas civiles, como luego quedaría –otra vez– demostrado en Paraguay. Resulta necesario destacar que para B. Mitre y para *La Nación Argentina*, constituidos como un solo locutor (Ducrot: 1997), declaran ante los auditores (Ducrot: 1997) que su enunciador (Paraguay) es el único responsable de la guerra. Y ese es el gran equívoco. Además, el locutor sostiene que los soldados acudirán de inmediato y en gran número para alistarse en el ejército. Si bien es entendible que en tiempos de guerra, las palabras patria, orgullo, deberes, peligros, etcétera, son utilizadas con excesiva abundancia, sobre todo cuando es preciso unificar bajo una misma ideología (Oslak: 2009) a sectores tan dispares de una sociedad que está en plena elaboración del Estado nacional; en este caso, también deja entrever que la adhesión a sus políticas podrá en Buenos Aires conciliar votos, pero en el interior la situación es muy diferente. El espacio público (Díaz: 2010) porteño era más denso y ágil que sus pares de Córdoba, Paraná, etcétera. Los años de secesión entre Buenos Aires y la Confederación Argentina acentuaron esta disparidad.

El 19 de abril, bajo el título: “El Sacrificio del Pueblo”, *La Nación Argentina* editorializaba acerca de la declaración del día anterior.

La República Argentina una vez asegurada su paz interior y después de aplicar todos los recursos de una política noble y reparadora a cerrar nuestras antiguas heridas y restañar la sangre que vertía el corazón de la patria, ha entrado de lleno en una fiebre de progreso. El Paraguay, entre tanto, vecino despotizado y bárbaro, con el cual median gravísimas cuestiones de límites, y principalmente la cuestión motriz de antagonismos entre la luz y las tinieblas, entre la prosperidad y el retroceso, entre el

hombre adelantado y el que ama sistemáticamente la satisfecha imprevisión de la vida salvaje, además del recelo hábilmente suscitado por los déspotas entre sus víctimas, hacia el pueblo más generoso de la tierra.

La construcción de su enunciado (Ductor: 1997) editorial combativo (Rivadeneira Prada: 1986) tiene un componente nuevo: la alteridad negativa (Feierstein: 2007). Para la labor ideológica (Oslak: 2009) en tiempos violentos, nada mejor que construir dentro de una enunciación un enunciador malvado, déspota y criminal. Además, para que la estrategia discursiva sea efectiva, también debe recalcarse que el pueblo al que pertenece tanto el locutor como el alocutario, es el “más generoso de la tierra”. Es posible que tal simpleza para organizar el escenario de la guerra resulte llamativa. Sin embargo, las competencias para recepcionar y discutir los contenidos de la prensa no estaban tan desarrolladas como en la actualidad. Pero no debemos olvidar que el Proceso de Reorganización Nacional utilizó una estrategia similar, en pleno siglo xx, sin que por ello hayan fracasado en sus operaciones mediáticas.

El 20 de abril, la columna editorial fue utilizada para publicar “Importantísimos Decretos”. Al igual que el 18 de abril, *La Nación Argentina* cede su columna institucional al gobierno. Acaso como una concesión a B. Mitre, y tal vez como una forma de legitimar sus enunciaciones, con reiteradas, extensas y –casi unívocas– citas de autoridad (Ducrot: 1997). Podemos inferir que de esa manera se trataba de influenciar a los auditores (Ducrot: 1997) y no sólo a sus alocutarios (Ducrot: 1997) acerca de la seriedad de su opinión. Sobresalir en el espacio público (Díaz: 2010) con una versión fehaciente e ideológicamente liberal debía constituirse una ardua tarea cotidiana, que el subsistema de medios (*La Tribuna, El Nacional*, etc.) reflejaba en sus columnas y en sus ácidas disputas. Los decretos también indican con claridad las cuatro dimensiones aportadas por Oslak (2009), con relación al reclutamiento de soldados: Represiva (la conscripción no era optativa), Cooptativa (servir a la patria, tener honor, etc.), Material (se prometía un pago), e Ideológica (luchar contra el tirano a favor de la libertad, como en Caseros).

“La guerra y la nacionalidad argentina”, editorial combativo (Rivadeneira Prada: 1986) publicado el 21 de abril, retoma la alteridad negativa (Feierstein: 2007) y agrega una elemento que nos permite sospechar las irascibles discusiones acerca de la guerra, en el espacio público (Díaz: 2010), y su relación con los receptores: el pacto de lectura Stella Martini (2000).

El suelo de la patria acaba de ser violado salvaje y alevosamente. La Bandera Argentina, aquel pabellón glorioso que trepó los Andes sirviendo de lábaro a las falanges de Mayo, acaba de ser arreado por la mano salvaje que tiraniza al pueblo paraguayo.

La contienda en que vamos a empeñarnos no es una contienda de partidos, ni en ella vamos a jugar el triunfo de esta o aquella personalidad política. En ella vamos a levantar el nombre argentino a la altura de sus antecedentes gloriosos, y a lavar una ofensa que la mano del déspota salvaje acaba de arrojar sobre nuestro pabellón

nacional. Y el que ante una situación semejante, no sienta sublevarse su corazón, es porque, o es un cobarde, o ha perdido el último rasgo de su dignidad.

Incluir en su enunciado (Ducrot: 1997) editorial –de estilo combativo y a la vez explicativo– que no se trata de una batalla política, sino nacional implica dos aspectos que guardan relación entre sí: la homologación (entre locutor y auditor) que da lugar a una posibilidad mayor de cooptación y de adhesión ideológica (Oslak: 2009) de parte del gobierno de B. Mitre. Y, también da cuenta de una intrínseca necesidad de presentar (y revalidar) el discurso del diario como un actor político con relativa independencia (Borrot: 1989) en tensión con los otros actores y no en el carácter de un órgano de difusión del gobierno nacional. Pues ello le quitaría poder de influencia en el espacio público (Díaz: 2010).

El espacio editorial correspondiente al 22 de abril fue cedido para dar a conocer “Importantísimas noticias de Entre Ríos”:

Al saber el General Urquiza las noticias de Corrientes, se ha llenado de indignación y de entusiasmo, diciendo que está pronto a hacer la última campaña y la que considera más gloriosa de su vida. Inmediatamente ha citado a todos los Entrerrianos en estado de llevar armas, para que concurran con sus equipos y caballos de tiro a Calá, que es el punto de reunión.

El discurso directo (Ducrot: 1997) utilizado en esta ocasión funciona para producir un efecto de cooptación/ideología (Oslak: 2009) en un momento decisivo. Tengamos en cuenta que los enfrentamientos entre Buenos Aires y la Confederación Argentina fueron conducidos por B. Mitre y Justo José de Urquiza, en Cepeda (1859) y Pavón (1861) ¿o no son esas las campañas a que hace referencia el enunciado editorial? Pero el sentido patriótico está por encima de las viejas diferencias. Por lo tanto, J. J. Urquiza puede ser el editorialista de *La Nación Argentina* –o al menos ser el locutor (Ducrot: 1997) citado de manera preponderante–, y pues como quiere a su patria, y ella es liberal, al menos en las páginas de este diario, no hay contradicción ni disputa irresuelta. López representa el último bastión salvaje y la civilización criolla se encargará de eliminarlo, de igual forma que lo ha hecho con Rosas, Peñaloza, etcétera. Su pasado federal queda limpio, si empuña sus armas y sus soldados en las filas nacionales. El 23 de abril, el editorial se llamó: “La política nacional y la ‘Nación Argentina’”:

La Nación Argentina, si no ha sido depositaria de la política del Gobierno Argentino, ha sido al menos su sostenedora, en todos los terrenos donde pudo llevar su palabra. Si el General Mitre ha podido decir <recogemos los frutos de una gran política>, nosotros podemos decir a nuestro turno: <Recogimos, de esa verdad tan sencillamente expresada y aceptada hoy por todos, la consagración de la política sostenida por la Nación Argentina>.

No hemos seguido ciegamente a un hombre. No hemos aplaudido a un gobernante. Hemos defendido a un Gobierno, hemos defendido una idea, un sistema, una serie de actos de los cuales en un momento de prueba, en un momento supremo, el país ha

repetido con verdadera convicción: RECOGEMOS LOS FRUTOS DE UNA GRAN POLÍTICA. Nuestra conciencia está satisfecha. El pueblo sabe hoy a qué atribuir los resultados que tocamos y se pinta en su imaginación los desastres que nos amenazarían si hubiéramos seguido rumbos extraviados.

El enunciado (Ducrot: 1997) editorial apologético (Rivadeneira Prada: 1986) es por demás elocuente. B. Mitre es citado como principio de autoridad (Ducrot: 1997), pero no es mencionado como presidente, sino como general. ¿Acaso se trata de una estrategia discursiva pensando en no sólo en sus alocutarios sino en todos los auditores del espacio público? (Díaz: 2010). En tiempos de guerra seguir a un general puede ser más útil que a un presidente. Los enlaces positivos (Ducrot: 1997) se suceden tanto para la política del gobierno como para la del diario. Ambos “recogen los frutos de una gran política”, sin embargo no hay una relación verticalista entre ellos. Adhieren, comparten y defienden las mismas ideas, pero no por ello son meros voceros de B. Mitre en la arena periodística. Es posible elucidar que tal aclaración es presa de una situación de hecho, difícil de ocultar. Aunque el pacto de lectura inste a publicar (Stella Martini: 2000) esas aclaraciones, aún a riesgo de sonar fútiles.

El último día de la semana, el 25 de abril, otra vez las columnas editoriales fueron usadas para dar a conocer “Importantísimas noticias de Corrientes”. “Los 7.500 paraguayos que han invadido a Corrientes van a encontrarse con los soldados que esa Provincia reúna, sobre los 6.000 que ya cuenta; a qué debemos reunir los 10.000 entrerrianos en marcha muy en breve sobre Corrientes. López está loco furioso”.

También en esta oportunidad el editorial de tono predictivo (Rivadeneira Prada: 1986) sirve como columna de información. Pero no por ese motivo, se priva el diario de hacer uso de la alteridad negativa (Feierstein: 2007), con una exagerada adjetivación. El enunciado presenta a sus alocutarios un relato de los acontecimientos tan favorable para los aliados (y en particular para los correntinos y entrerrianos) que no deja ni el más mínimo espacio para una crítica, o para una reflexión diferente. Los comentarios agregados a la información son una editorialización dentro del propio editorial. Seguros que tanto sus alocutarios como sus auditores (Ducrot: 1997) no dudarán de sus valoraciones ni de sus ácidas diatribas, pues suponen que en el espacio público (Díaz, 2010) la idea dominante acerca del conflicto es afín a sus pensamientos políticos/periodísticos.

Algunas conclusiones a modo de cierre

En el período analizado *La Nación Argentina* utilizó diversas estrategias comunicacionales en su enunciado editorial: la alteridad negativa (Feierstein: 2007) para referirse a Solano López y a cada una de las ideas que –según el diario– representaba. Sus columnas institucionales oscilaron entre el tono combativo y el apologético (Rivadeneira Prada: 1986), pues sus intereses estaban orientados hacia el convencimiento de la importancia de la guerra para todo el país, y para ello, era preciso obtener adhesiones de todos los sectores sociales y políticos. Incluso de quienes en el pasado reciente habían sido enemigos en las ideas y en las armas, como Justo José de Urquiza. Su inclusión remite a un

afán cooptativo/ideológico (Oslak: 2009) por parte del Gobierno nacional. Los intereses de la patria estaban por encima de las rencillas caseras, que por obra de B. Mitre, el diario daba por superadas. También quedó de manifiesto su preocupación por afianzar su pacto de lectura con sus (Stella Martini: 2000) receptores, tanto los alocutarios como los auditores (Ducrot: 1997). Sus referencias acerca de sus similitudes con las ideas del gobierno, mas no de manera automática con B. Mitre, permiten abordar su vínculo con los lectores y con el espacio público (Díaz: 2010) en general, más próxima a un actor político (Borrat: 1989) que a un panfleto oficialista (2). La primera semana de la guerra de la Triple Alianza, en la columna editorial de *La Nación Argentina*, marca una tendencia muy favorable hacia las fuerzas conjuntas en contra del ejército paraguayo, ofreciendo, a su vez, una construcción maniqueísta de los protagonistas. Si B. Mitre es el progreso, la paz y el bien. Solano López es el atraso, el vandalismo y el mal. Una nueva versión de Civilización y Barbarie. La misma fórmula que se aplicó contra Rosas, contra Peñalosa, y contra las diferentes expresiones de una convivencia más justa y equitativa de los valores materiales y simbólicos en el territorio nacional y del Río de la Plata, se utilizó durante el lapso analizado contra Solano López, el último tirano.

Notas

(1) Díaz, C. La categoría de “esfera pública” limita, de algún modo, la mirada comunicacional. Pues da cuenta solo de un sector social –burguesía– y un género –varones–, sustrayendo en consecuencia del análisis a las mujeres, los aborígenes, los esclavos y, fundamentalmente, a los analfabetos. Actores importantísimos que incorporamos al estudio valiéndonos del concepto de “espacio público” que es más abarcativo y nos permite reconstruir la trama comunicacional también en las calles, plazas, pulperías, iglesias, etcétera.

(2) La historiografía liberal suele inculpar sobre la guerra al carácter despótico tanto de Antonio Carlos López, como de su hijo y heredero Solano López.

Bibliografía

BORRAT, Héctor. *El periódico actor político*. Barcelona, Gili, 1989.

DUCROT, Oswald. *El decir y lo dicho*. Buenos Aires, Hachette, 1997.

FEIERSTEIN, Daniel. *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

DE MARCO, Miguel Ángel. *La guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta, 1995.

OSLAK, Oscar. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires, Emecé, 1997.

RIVADENEIRA PRADA, Raúl. *Periodismo, la teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*. Buenos Aires, Editorial Trillas, 1986.

DÍAZ, César Luis. “Periodismo y Comunicación. La conformación del espacio público, prácticas y ámbitos de lectura en los inicios de la modernidad rioplatense 1759-1810”. Tesis Doctoral presentada en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social en proceso de edición, 2010.

Victorica, Julio. *Urquiza y Mitre*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

SÁBATO, Hilda. *La política en las calles*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

ALONSO, Paula. *Construcciones Impresas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

DUHALDE, Eduardo Luis. *Contra Mitre*. Buenos Aires, Editorial Punto Crítico, 2005.

PEÑA, Milciades. *La era Mitre*. Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1968.

ROSA, José María. *La Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Editorial Punto de Encuentro, 2008.